

[Publicado previamente en: *Archivo Español de Arqueología* 34, n.º 103-104, 1961, 219-220. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra dispersa*, con cita de la paginación original].

© Herederos de Antonio Tovar

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

La segunda edición de la 'Histoire de l'écriture' de J.G. Février o revisión de los progresos de once años

Antonio Tovar

[-219→]

El libro de James G. Février ¹, cuya primera edición se publicó en 1948, reaparece ahora de nuevo. Ya era un libro excelente, completamente al día, y con una información de primera mano en todos los puntos. Ahora, convenientemente revisado y rehecho, nos atrevemos a decir que es el más completo manual sobre la materia. Por otro lado, el análisis de las partes rehechas constituye un balance de los progresos de un decenio largo, transcurrido entre las dos ediciones. Ciertamente que este balance es satisfactorio, y prueba la vitalidad de distintas ramas de la filología y la epigrafía. No en todos los momentos se podrían presentar tantos resultados de dos lustros como en los que van de 1948 a 1959. Recordemos algunos: el desciframiento de la escritura lineal B, importantes descubrimientos sobre los orígenes de la escritura fenicia, una nueva teoría sobre el desarrollo de la escritura en Roma, la admisión de los resultados adquiridos sobre las escrituras de España y algunos puntos nuevos en epigrafía líbica.

Siendo el autor un especialista en epigrafía semítica, comenzaremos nuestra reseña por esta parte.

Recoge (pág. 183 ss.) los resultados de W. F. Albright y sus discípulos sobre las famosas inscripciones proto-sinaíticas, sobre todo en cuanto éstas han sido fechadas hacia 1500 a. C. y quedan posiblemente relacionadas por una parte con el heterogéneo grupo de inscripciones que se llaman "proto-fenicias" (piedra de Byblos, óstrakon de Bêt Shemesh, documentos de Lakish y Gezer), en las que Février ve ya una tendencia alfabética, y por otra parte, con las más antiguas inscripciones propiamente fenicias, que quizá pueden llevarse hasta el siglo XIII. Acepta las hipótesis de Albright y F. M. Cross como muy coherentes y verosímiles, pero siempre como meras hipótesis.

En esta edición Février reduce el entusiasmo con que en la primera había saludado el desciframiento por Dhorme de las inscripciones pseudojeroglíficas de Biblos. Encuentra contradicciones en la escritura y se abstiene en definitiva de tomar posición en esta materia, en la que precisamente está una de las claves del problema del paso de la escritura silábica a la alfabética.

Punto es éste en el que después de la publicación de la primera edición del libro de Février ha habido la novedad de la teoría sistemática del asiriólogo I. J. Gelb, que ha establecido la importancia del silabismo como etapa necesaria en el desarrollo de la escritura. Février ha preferido mantenerse fuera de este problema sistemático, y sólo alude a él en algún punto. Precisamente hay que notar que Février esquivaba la doctrina

¹ *Histoire de l'Écriture*, nouvelle édition entièrement refondue, avec 135 figures, Paris, Payot, 1959, 616 págs. 2.300 francos.

rigurosa en que Gelb ordena las escrituras, al considerar silábicas a todas las anteriores a la griega, incluso la fenicia.

En cuanto a la originalidad de la escritura griega, con su creación de las cinco vocales, ya Février en la primera edición había pensado en la posibilidad de un precedente silábico que hubiera transcrito el griego en una forma derivada por ejemplo de la escritura cretense. Los descubrimientos de Ventris han venido a confirmar aquella intuición. Sin embargo, Février no disminuye el carácter genial de la abstracción de los griegos, que "ayant mis sur le même plan voyelles, sonnantes et occlusives, par un effort d'abstraction, ils les ont notées par de signes analogues et ont supprimé toute notation syllabique" (p. 386). Pero Février cree que la creación de la escritura griega supone por un lado el alfabeto fenicio, y por otro, la pervivencia de la escritura silábica, que utilizaba signos vocálicos. Claro que esta idea de Février –no imposible, pues el silabismo se conservó largo tiempo en Chipre, y en restos más o menos fragmentarios en Caria y otras regiones de Asia Menor– tiene en contra que la forma de las vocales griegas y su valor dependen en absoluto de ciertas semivocales (*y*, *w*) y ciertas laringales (*ʿ*, *h*, *c*) que fácilmente podían convertirse en notas de vocales, una vez que suelen [19→220] acompañarlas en la fonética semítica. En cuanto a la fecha de invención de la escritura griega, si en la primera edición (p. 396) se pensaba llevarla hasta no más tarde de 900 a. C., ahora, con un ligero retoque (p. 398) se sitúa no después de los comienzos del siglo IX.

Fiel al sistema establecido en la primera edición, separa ahora la escritura lineal A (que considera a continuación de los jeroglíficos cretenses entre las escrituras ideográficas no descifradas), de la B, que como la chipriota ha servido para escribir una lengua conocida, el griego. Quizá hubiera sido útil dar más información en una obra general sobre la escritura lineal A y el estado de su desciframiento, posiblemente más avanzado de lo que podría pensarse por lo que dice Février (véase especialmente E. Peruzzi, "Il minoico e indoeuropeo?", *La Parola del Passato* 65, 1959, p. 106 ss.).

Para la ordenación común de las letras del alfabeto es importantísimo el principio de que un orden es el derivado del pedagógico, conforme al cual se ponen juntas las letras que pueden confundirse (p. 225). Février recoge en esta edición los resultados de Albright sobre la relación que el orden tradicional del silabario etíope tiene con el descubierto en escritura subarábica. Ello no sólo explica las relaciones que el orden tradicional fenicio tiene con el ugarita, sino que además derrama nueva luz sobre la importancia de los orígenes del alfabeto fenicio en relación con el ugarita de formas cu-neiformes.

El capítulo de la escritura hebrea cuadrada recibe nueva luz de los documentos descubiertos en el Mar Muerto (p. 240).

Nuevo en parte es el tratado de la escritura líbica (pp. 323-26) y completamente rehecho está el de las escrituras hispánicas (páginas 328-331). En éste Février utiliza los resultados de Gómez-Moreno y sus discípulos, y sólo hay que añadir que no pueden considerarse aún definitivos, puesto que Gómez-Moreno anuncia un próximo estudio sobre las escrituras del Suroeste, en el que parece las va a considerar conectadas con el excepcional documento que es el Plomo de Gádor (hallado en el Sudeste). Esperemos este trabajo, en el que por primera vez se estudian en conjunto todos los epígrafes portugueses del Sur, en parte inéditos aún, y se establece una teoría a lo que parece muy distinta de la por mí avanzada desde 1953 sobre su cronología y carácter más alfabético

que silábico. Por lo demás, estos progresos y discusiones en nada comprometen la solidez del desciframiento del ibérico del Este y Sudeste.

Más información hallamos en el libro: los nuevos resultados sobre los orígenes de la uncial en latín, justamente al contrario de lo que se pensaba, pues es ella la que deriva de la minúscula primitiva, según las investigaciones de Mallon y Marichal (véase páginas 481-84).

Interesantes datos hallamos sobre la romanización en la China comunista. Y es muy poco lo que podemos echar de menos en este hermoso volumen: las láminas en fotograbado, que completaban la primera edición y que han desaparecido en ésta, mención de las nuevas publicaciones de Wassén y Holmer sobre las pictografías cunas de América central, la referencia al importante artículo de V. Pisani sobre los orígenes de la numeración romana (*Rheinisches Museum* 93, pp. 89-93), un apartado sobre las cifras micénicas en el apéndice II, la escritura de Side explicada por H. Th. Bossert (*La parola del passato* V, 32-46), una revisión del problema maya.

Pero la exposición de conjunto es la más completa y documentada que existe ahora, y el libro de referencia que señalaríamos sin duda a todo estudioso de cualquier escritura, sería el presente.

Se suele decir que la nuestra es una época en que las que progresan son las ciencias físicas, matemáticas, etc., pero cuando en diez años hay tanto que señalar en las distintas ramas de la epigrafía, nos convenceremos de la vitalidad magnífica de nuestros estudios, que por ello son aún capaces de atraer a los jóvenes.